
ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Londres.—Una calle.

Entra GLÓSTER.

GLÓSTER. Trocó el invierno ya de nuestras cuitas
El sol de York en esplendente estío;
Y las nubes, terror de nuestra casa,
El hondo seno de la mar sepulta.
Gloriosos lauros nuestras frentes ciñen,
Melladas armas penden cual trofeos,
Plácemes son nuestros alertas rudos,
Dulces acordes las siniestras marchas.
La torva guerra el ceño desarruga;
Y, en vez de cabalgar corcel bardado,
Asombro de feroces enemigos,
En los estrados femeniles trisca
Al lascivo compás de la vihuela.
Mas yo, que no nací para el retozo,
Ni hago la corte al amoroso espejo;
Yo, mal fraguado, que de amor no luzco

La majestad ante donosa ninfa,
 Yo, de tales ventajas excluido,
 Privado por falaz naturaleza
 De distinción, deforme, de repente
 A medio hacer encaminado al mundo,
 Y eso tan mal y de tan torpe modo
 Que el can me ladra al divisar mi garbo;
 En este tiempo yo de paz y fiesta,
 Para matar el tiempo no hallo goce,
 A no ser que, mirando al sol mi sombra,
 Sobre mi propia imperfección discurra.
 Y así, pues ser amado no es posible,
 Ni entretener tan agradables días,
 Determinado tengo ser infame
 Y odiar los vanos goces de estos días.
 Asechanzas tendí, planes arteros,
 Por torpes profecías secundados,
 Por libelos y sueños, porque lleguen
 Clarens mi hermano y el Monarca á odiarse;
 Y, aun siendo Eduardo tan leal y justo
 Cual falso yo, sutil y traicionero,
 Hoy debe ser encarcelado Clarens;
 Porque jota será, según ruin sino,
 De los hijos de Eduardo el asesino.
 ¡Del alma á lo profundo, pensamientos!
 Clarens llega.

Entran CLARENS custodiado, y BRAQUENBURIO.

¡Que Dios te guarde, hermano!
 Esta tropa que armada te acompaña
 ¿Qué viene á ser?

CLARENS. Su Majestad, que cuida
 De mi seguridad, manda á esta gente
 Que me lleve á la Torre.

GLÓSTER. ¿Por qué causa?
 CLARENS. Porque Jorge me llamo.
 GLÓSTER. Culpa tuya
 ¡Válgame Dios! no es esa: tus padrinos
 De eso responderán. Rebautizarte
 Su Majestad, quizá, quiera en la Torre.
 Pero ¿puedo saber, Clarens, qué ocurre?
 CLARENS. Sí tal, Ricardo, cuando yo lo sepa;
 Pues juro que aun lo ignoro. Mas presumo
 Que en ensueños se ocupa y profecías;
 Y, en el Cristus al ver la jota, dice
 Que un brujo afirma que su prole amada
 Por la jota será desheredada;
 Y, como que con jota Jorge empieza,
 Conmigo juzga que el presagio reza.
 Estas y semejantes fruslerías
 Han inducido al Rey á encarcelarme.
 GLÓSTER. Pues esto ocurre si mujeres mandan.
 No te lleva á la Torre el Rey; no, Clarens.
 Su esposa, mi señora Grey, tan sólo
 A este extremo lo puede haber llevado.
 ¿Ella y ese excelente sacerdote,
 Su hermano Antonio Udvilla, no le hicieron
 Retener en la Torre al Conde Hastines,
 Que hoy por fin sale de su encierro?—Clarens,
 No vivimos seguros; no por cierto.
 CLARENS. Seguros ¡vive Dios! respiran sólo
 Los deudos de la Reina y los heraldos
 Que entre Sora y el Rey de noche tercián
 ¿No sabes cuán humilde le rogara
 Para obtener su libertad Hastines?
 GLÓSTER. Mi señor Chambelán ante esa diosa
 Si se humilló, su libertad obtuvo.
 Pues dígame que es cosa conveniente,

Si en el favor del Rey vivir queremos,
 Servirla y su librea revestirnos.
 La celosa y ajada viuda y ella,
 Pues nobles nuestro hermano las bautiza,
 Grandes comadres son en este reino.

BRAQ. A Vucencias perdón, humilde, pido:
 Su Majestad expresamente ordena
 Que nadie, ni el más alto personaje,
 Hable privadamente con su hermano.

GLÓSTER. Está muy bien.—Mas, noble Braquenburio,
 Si es que os place, escuchad cuanto decimos.
 Traición, hombre, no hablamos.—Justo y sabio
 Decimos que es el Rey; su noble Reina
 De edad madura, bella y no celosa;
 Que es de la Sora liudo el pie decimos;
 Que de coral sus labios son; sus ojos
 Vivos asaz, su voz dulce en extremo;
 Y que ya de la Reina los parientes
 Nobles son.—¿Qué decís?—¿Podéis negarlo?

BRAQ. Nada tengo que ver, señor, con eso.

GLÓSTER. ¿Nada tenéis que ver vos con la Sora?
 Si alguien tiene que ver, á no ser uno,
 Conviene que en secreto á solas sea.

BRAQ. ¿Y quién es ese uno?

GLÓSTER. Su marido, truhán, ¿queréis perderme?

BRAQ. Perdón pido á Vucencia; y que el coloquio
 Cese, os suplico, con el noble Duque.

CLARENS. Obedezco la orden, Braquenburio.

GLÓSTER. Esclavos de la Reina, obedecemos.
 Adiós, hermano.—Al Rey veré.—Si quieres,
 Me ocuparé en tu obsequio. Aunque me pidas
 Llamar hermana á la real viuda
 De Eduardo, yo lo haré para servirte.
 En tanto, estas querellas fraternales

Mayor pena me causan que imaginas.

CLARENS. Sé que ni á tí ni á mí placer nos causan.

GLÓSTER. ¡Yaya! Preso estarás por corto tiempo,
 Ó yo me haré encerrar, si no te libro.
 Paciencia en tanto.

CLARENS. Adiós. Falta me hace.

(Vanse Clarens, Branquenburio y guardia.)

GLÓSTER. Pisa el camino para tí sin vuelta,
 Necio y sencille Clarens.—Te amo tanto
 Que tu alma al cielo mandaré muy pronto,
 Si ese don de mi mano acepta el cielo.
 Pero ¿quién es?—¿Hastines ya en la calle!

Entra HASTINES.

HASTIN. Salud á mi señor.

GLÓSTER. Lo mismo digo
 Al señor Chambelán.—La bienvenida
 Al aire libre os doy.—¿Vuestra clausura
 Cómo sobrellevasteis?

HASTIN. Como deben,
 Señor, los prisioneros: con paciencia.
 Pero pienso vivir para dar gracias
 A quienes causa de mi encierro han sido.

GLÓSTER. Sí tal, sí tal; y Clarens igualmente,
 Pues vuestros enemigos son los suyos,
 Y hacen con él lo que con vos hicieron.

HASTIN. ¡Es triste que á las águilas se enjaule
 Y libres cacen buitres y milanos!

GLÓSTER. ¿Qué noticias sabéis de extrañas tierras?

HASTIN. Es de esta tierra la peor noticia.
 Débil, triste y enfermo el Rey se halla,
 Y los médicos dudan de que sane.

GLÓSTER. Pues mala es la noticia, ¡por San Pablo!
 Hace ya tiempo que se cuida poco,

Y va gastando sus reales fuerzas.
Me angustia el alma. Pero ¿está en el lecho?

HASTIN. Sí.

GLÓSTER. Preceded. En el instante os sigo.

(Vase Hastines.)

¡Aunque vivir no puede, que no muera
Hasta que en posta Jorge al cielo vaya!
Iré á aumentar sus odios contra Clarens
Con sutiles mentiras y argumentos;
Y, si no falla mi profunda astucia,
Clarens no vivirá ni solo un día.
Después llame á su gracia Dios á Eduardo,
Y á mí, para bullir, déjeme el mundo.
Me casaré de Várvic con la hija.
¡Que he matado á su esposo y á su padre!
Haciéndome su esposo y padre, puedo
Subsanar mis ofensas á esa joven.
Lo haré, no por mi amor únicamente:
Mi segunda intención, que guardo oculta,
Realizaré casándome con ella.
Mas cuento sin la huésped. Respira
Clarens aún, y vive y reina Eduardo.
Su fin, para contar mi lucro, aguardo. (Vase.)

ESCENA II.

Londres.—Otra calle.

Entra el cadáver del rey Enrique VI conducido en un ataúd descubierto. Caballeros con alabardas lo custodian. Entre ellos TRÉSEL y BERCLIO. La CONDESA ANA de doliente.

ANA. A tierra, á tierra vuestra carga honrosa,
Si es que al honor un féretro cobija;
Que aquí del buen Lancáster, prosternada,
Lamentaré la prematura muerte.
¡Helada forma tú de un rey bendito!
¡Cenizas de la casa de Lancáster!
¡Sangrientos restos de esa sangre regia,
Si dado fuere que tu sombra evoque,
Oye los ayes de la triste Ana,
La esposa de tu Eduardo, de tu hijo,
Muerto vilmente por la propia mano
Que te ha inferido las heridas éstas!
¡Ah! ¡Las ventanas por do huyó tu vida
Bañe el bálsamo inútil de mis ojos!
¡Oh, maldita la mano que tal hizo!
¡Y malditas entrañas sin entrañas!
Más triste fin al miserable alcance,
Por la miseria que al matarte siembra,
Que si alacrán, araña ó sapo fuese,
O el sér más venenoso y más rastrero.
Si hijo llega á tener, aborto sea,
Sér prodigioso y sin sazón nacido,

Cuya fealdad y repugnante aspecto
 Infunda espanto á su amorosa madre,
 Y eso llegue á heredar sus desventuras.
 ¡Si tiene esposa, por su muerte llore
 Con más dolor que por la muerte lloro
 Yo de mi joven dueño y por la tuya!
 A Chersia, pues, con vuestra noble carga,
 Que va desde San Pablo allí á enterrarse;
 Mas, pues sin fuerzas aun estáis, de Enrique
 Sobre el cadáver lloraré yo en tanto.

(Los conductores levantan el cadáver y avanzan.)

Entra GLÓSTER.

GLÓSTER. En tierra colocad ese cadáver.

ANA. ¿Qué negra magia á este Luzbel conjura
 Que actos humanos y piadosos veda?

GLÓSTER. Dejad ese cadáver, ó cadáver
 Será ¡voto á San Pablo! quien lo impida.

CAB. 1.º Señor, atrás y al féretro abra paso.

GLÓSTER. Can descortés, inmóvil cuando ordeno.—
 Más alta que mi pecho tu alabarda;
 O caerás á mis pies, ¡voto á San Pablo!
 Y por audaz te estrujaré, mendigo.

(Los conductores colocan el féretro en tierra.)

ANA. ¿Y qué? ¿Todos tembláis? ¿El miedo os turba?—
 ¡Ah! No debo culparos. Sois mortales
 Y huyen de Satanás mortales ojos.

¡Atrás, feroz ministro del infierno!
 Sólo poder sobre su cuerpo tienes,
 No sobre el alma; por lo tanto ¡huye!

GLÓSTER. ¡Santa! por caridad, templa tu furia.

ANA. Fiero Luzbel ¡por Dios! déjanos: véte.
 Infierno de esta hermosa tierra hiciste;
 De ayes y maldiciones la llenaste;

Si gozas en hazañas tan inicuas,
 Mira la muestra aquí de tus matanzas.—
 Ved, caballeros, ved: abren sus bocas
 Y sangre dan de Enrique las heridas;
 Sonrójate tú, sí, masa deforme.
 Brotar hace esa sangre tu presencia
 De secas venas, frías y sin sangre.
 Es tu hazaña cruel contra natura,
 Que impele ese raudal contra natura.
 ¡Dios, que esta sangre dais, vengad su muerte!
 ¡Tierra, que la sorbéis, vengad su muerte!
 ¡Que el cielo lo confunda con su rayo,
 O que la tierra abriéndose lo trague,
 Cual traga sangre de este Rey bendito
 Que birió tu brazo que Satán regía!

GLÓSTER. La ley, señora, desdeñáis, que ordena
 Recompensar el daño con mercedes.

ANA. Villano, ni divina ley ni humana
 Conoces, y la fiera más salvaje
 Algún destello de piedad conoce.

GLÓSTER. Pero yo no; por tanto no soy fiera.

ANA. ¡Oh, asombro que Satán verdades diga!

GLÓSTER. Mayor asombro que se enoje un ángel.
 De humana perfección almo trasunto,
 Permíteme que en hechos apoyado
 Me sincere de crímenes supuestos.

ANA. De humano sér emponzoñadas heces,
 Permíteme que en hechos apoyada,
 Por tanto mal, maldito, te maldiga.

GLÓSTER. Beldad que enmudecer hace á la lengua,
 Oye un rato tranquila mis excusas.

ANA. Monstruo mayor que imaginar se puede,
 Fuera tu sola excusa que te aborcaras

GLÓSTER. Desesperando así, me acusaría.

- ANA. Te excusaras, si así desesperases,
En tí propio al tomar digna venganza
Por las indignas muertes que á otros diste.
- GLÓSTER. ¡Que los maté no me dirás!
- ANA. Entonces,
Díme que nadie los mató.—Mas muertos,
Fiero Luzbel, están; ¡y por tu mano!
- GLÓSTER. Yo no maté á tu esposo.
- ANA. Luego vive.
- GLÓSTER. No: muerto está.—Fué Eduardo el asesino.
- ANA. Miente tu inmunda boca.—Margarita
Tu vil hierro humear vió con su sangre.
También contra su pecho lo esgrimiste,
Mas pararon el golpe tus hermanos.
- GLÓSTER. Me provocó su calumniosa lengua,
Que ajena culpa echó sobre mis hombros.
- ANA. Te provocó tu espíritu sangriento,
Que sueña solamente con matanzas.
¿Al Rey, di, no mataste?
- GLÓSTER. Concedido.
- ANA. ¿Me lo concedes, vil erizo? entonces
Que me conceda Dios que te condenes
Por tan nefanda acción. Era modelo
De virtud, de bondad y de templanza.
- GLÓSTER. ¡Para gozar de Dios cuán adecuado!
- ANA. Está en el cielo donde entrar te vedan.
- GLÓSTER. Pues por mi auxilio que me dé las gracias.
Le era adecuado ese lugar, no el mundo.
- ANA. Y es adecuado á tí solo el infierno.
- GLÓSTER. Otro sitio, además, si me permites.
- ANA. Una cárcel.
- GLÓSTER. Tu alcoba.
- ANA. Mal reposo
Hallarás en la alcoba en que yacieres.

- GLÓSTER. Verdad, señora: hasta yacer contigo.
- ANA. ¡Fuera así!
- GLÓSTER. Ya lo sé.—Pero, señora,
Dulce Ana, dejemos esta lucha
De mutuas agudezas; y, tranquila,
Díme ¿no tiene culpa igual la causa
Que á Enrique dió y á Eduardo cruda muerte
Cual la culpa que tiene su verdugo?
- ANA. Causa y efecto maldecido, fuiste.
- GLÓSTER. Fué de ese efecto, causa tu hermosura:
Tu hermosura que en sueños me impulsaba
La muerte al mundo á dar, por una hora
De vida en tu dulcísimo regazo.
- ANA. ¡Homicida! á ser cierto, de mi rostro
Su beldad estas uñas arrancaran.
- GLÓSTER. El naufragio de tantas perfecciones
Mis ojos resistir jamás podrían;
Y lo evitara si me hallase cerca.
Que es el sol para mí que alumbra al mundo,
Es mi vida, mi luz.
- ANA. Nocturnas sombras
Oscurezcan tu luz, muerte tu vida.
- GLÓSTER. No maldigas, hermosa, que ambas eres.
- ANA. ¡Así lo fuera para en tí vengarme!
- GLÓSTER. No es natural vengarse de quien ama.
- ANA. Es justo y razonable que me vengue
En el cruel que asesinó á mi esposo,
- GLÓSTER. Quien te privó, señora, de ese esposo
Te ayuda á conseguir mejor esposo.
- ANA. No existe otro mejor en este mundo.
- GLÓSTER. Existe quien te tiene amor más grande.
- ANA. ¿Quién es?
- GLÓSTER. Plantagenet.
- ANA. Era su nombre.

GLÓSTER. Vale más, aunque el mismo nombre lleva.

ANA. ¿Dónde se encuentra?

GLÓSTER. Aquí. (Ana le escupe al rostro.)
¿Por qué me escupes?

ANA. ¡Ojalá que mortal veneno fuese!

GLÓSTER. ¡Nunca veneno dió lugar tan dulce!

ANA. ¡Ni lo ostentara sapo más inmundo!
Huye de mí, mis ojos inficionas.

GLÓSTER. Ya los tuyos á mí me inficionaron.

ANA. ¡Fueran para matarte basiliscos!

GLÓSTER. ¡Ojalá! De una vez así muriera,
Pues hoy con viva muerte me asesinas.

Tus ojos á mis ojos arrancaron
Amarguísimas lágrimas: humildes,
Llanto pueril atesorar supieron;
Ojos que ni una lágrima siquiera
Derramaron jamás enternecidos.
No: ni al llorar mi padre York y Eduardo
Oyendo el grito lúgubre de Rúlland
Cuando Clifford ante él blandió su espada:
Ni al referir la muerte lastimosa
Del padre mío tu animoso padre,
Quien, cual niño, cortando su relato
Veinte veces, lloraba y sollozaba,
Á la par que sus mudos circunstantes,
Con húmedas mejillas parecían
Árboles rociados por la lluvia.
Entonces estos ojos varoniles
Ni una lágrima sola derramaron;
Mas lo que penas no pudieron, puede
Hoy tu beldad, y lágrimas los ciegan.
No he suplicado á amigo ni á enemigo:
Jamás articular mi lengua supo
Placenteras palabras seductoras;

Mas es mi galardón hoy tu hermosura;
Y mi orgulloso corazón suplica,
Y se agolpan palabras á mi lengua.

(Ana lo mira con desprecio.)

El desprecio no muestres en tus labios:
Besos, señora, no el desdén les cuadra.—

Ya que tu juro corazón no cede,
Mi espada ten; si su acerada punta

(Dándole su espada.)

En mi pecho leal clavar deseas,
Y dar salida al alma que te adora,
La estocada mortal-desnudo aguarda;
Que de hinojos la muerte humilde pido.

(Se arrodilla y descubre el pecho. Ana le amenaza con la espada.)

No: no te pares. Yo he matado á Enrique;
Pero me indujo tu beldad á ello.
Termina ya.—Yo asesiné á tu Eduardo.—

(Ana le amenaza otra vez.)

Tu celestial semblante me impelía.

(Ana deja caer la espada.)

Alza esa espada ó álzame del suelo.

ANA. Hipócrita, levanta. Tu verdugo

No quiero ser, aunque tu muerte ansie.

GLÓSTER. Pues dime que me mate, y hecho queda.

ANA. Lo dije ya.

GLÓSTER. Mas fué ciega de furia.

Dílo otra vez y, oyéndolo, mi mano
Que á tu amor muerte por tu amor dió, mata
Hoy por tu amor amor más verdadero,
Siendo cómplice tú de entrambas muertes.

ANA. ¡Tu corazón quién viera!

GLÓSTER. Ahora en mi lengua está.

ANA. Ambos temo que engañan.

GLÓSTER. Pues nadie habló verdad.

- ANA. Bien, bien, tu espada ciñe.
 GLÓSTER. Dí que estamos en paz.
 ANA. Ya lo sabrás más tarde.
 GLÓSTER. Pero ¿puedo esperar?
 ANA. Me pienso que esperando
 Vive todo mortal.
 GLÓSTER. Que uses ruego este anillo.
 ANA. No es conceder tomar. (Se coloca el anillo.)
 GLÓSTER. Cual tu dedo este anillo circunscribe,
 Tu pecho así mi corazón circunde:
 Úsalos ambos, que los dos son tuyos.
 Y, si pedir tu pobre siervo puede
 Sólo un favor de tu graciosa mano,
 Eternamente se creará dichoso.
 ANA. ¿Y qué favor es ese?
 GLÓSTER. Si quieres confiar tu triste empresa
 A quien se juzga el principal doliente,
 Y al palacio de Crosbia encaminarte,
 Donde, después que al noble Rey sepulte
 En la iglesia de Chersia con gran pompa,
 Y humedezcan mis lágrimas su tumba,
 Iré con toda diligencia á verte.
 Por razones que callo, desearía
 Obtener esta gracia.
 ANA. De todo corazón; y me complace
 Verte de modo tal arrepentido.
 Trésel y Berclio, acompañadme os ruego.
 GLÓSTER. Despidete de mí.
 ANA. No lo mereces;
 Pero, ya que me enseñas á adularte,
 Puedes imaginar que adiós te dije.
 (Vanse Ana, Trésel y Berclio.)
 GLÓSTER. Alzad el cuerpo.
 CABAL. ¿Y bien, señor, á Chersia?

- GLÓSTER. No tal: al Carmen y esperad mi orden.
 (Vanse todos menos Glóster.)
 ¿Qué dama en temple tal fué cortejada?
 ¿Qué dama en temple tal jamás vencida?
 La obtendré, mas por tiempo limitado.
 ¡Cómo! ¿Asesino de su esposo y suegro,
 Salirle al paso al culminar su furia,
 Al maldecir su voz, ahogada en llanto,
 De su dolor ante el sangriento emblema,
 Contra Dios, su conciencia y tanta traba,
 Y sin amigos que mi causa amparen,
 A no ser Satanás y el disimulo,
 Y así vencerla contra el mundo entero!
 ¿Ya se olvidó del príncipe bizarro,
 De Eduardo, su señor, que hará tres meses
 En Tuxburia maté ciego de saña?
 Más afable y gallardo caballero
 (Fué pródiga con él naturaleza:
 Joven, bravo, discreto, de alta alcurnia)
 No volverá á ostentar el ancho mundo.
 ¡Y á mí me mira ya, cuando he tronchado
 A príncipe tan noble en sus primicias,
 Y en triste lecho la arrojé viuda!
 ¡A mí que á Eduardo en nada me aproximo!
 ¡A mí cojo y deforme!—Mi ducado
 Contra ochavo rüin apostaría
 A que ignoro el valor de mi persona.
 ¡Por mi vida! Verá lo que no veo:
 ¡Que soy maravillosamente hermoso!
 Un espejo busquemos; y las modas,
 Para realzar á mi persona, estudien
 Veinte ó cuarenta sastres por mi cuenta.
 Ya que pude alcanzar favor conmigo,
 Rumboso debo ser para afianzarlo.—

Pero primero á sepultar á ése,
Y después á llorarle á mi adorada.
Para observar mi sombra en tu reflejo,
Alumbra, sol, hasta tener espejo. (Vase.)

ESCENA III.

Londres.—Una sala en el palacio.

Entran la REINA ISABEL, RIVERS y GREY.

RIVERS. Calma tened, que su salud, no hay duda,
Recobrará su Majestad, señora.

GREY. Al veros afligida, desfallece;
Y así, por Dios, aparentad contento,
Y con alegre plática animadlo.

ISABEL. ¿Qué sería de mí si me faltara?

RIVERS. Perder tal dueño, vuestro mal sería.

ISABEL. Iguala á todo mal perder tal dueño.

GREY. Os dotaron los cielos con un hijo,
Que, cuando falte, consolaros puede.

ISABEL. ¡Ah! joven es aún; y ha de ampararle
En su menor edad Ricardo Glóster,
Quien ni á mí ni á vosotros quiso nunca.

RIVERS. ¿Que ha de ser su tutor quedó pactado?

ISABEL. Pactado no, mas decidido queda,
Y así tendrá que ser, si el Rey sucumbe.

Entran BUCKINGHAM y STANLEY.

GREY. Aquí se acercan Buckingham y Stanley.

BUCKING. Buenos días, señora.

STANLEY. Eternamente

A vuestra Majestad feliz Dios haga.

ISABEL. La Condesa de Richmond, Conde Stanley,
Quizás no diga «Amén» á vuestro ruego.
Mas, aunque amor, Stanley, vuestra esposa
A mí no me profese, os aseguro
Que odio no os tengo y su altivez olvido.

STANLEY. Ruego que rechacéis esas calumnias
De acusadores falsos; mas, si fuese
Con razón acusada, perdonadle
Esa flaqueza, que procede, acaso,
De febril ilusión, no de malicia.

ISABEL. ¿Habéis hoy visto al Rey, Conde de Stanley?

STANLEY. Ahora á su Majestad una visita
Hizo el Duque de Buckingham conmigo.

ISABEL. ¿Notáis de alivio síntomas, señores?

BUCKING. Señora, sí: más animado hablaba.

ISABEL. Dios le devuelva la salud.—¿Le hablasteis?

BUCKING. Sí, señora. La paz vuestros hermanos
Con el Duque de Glóster que hagan quiere,
Y el señor Chambelán con todos ellos;
Y los manda venir á su presencia.

ISABEL. ¿Que sea para bien! Pero lo dudo,
Pues ha llegado á su cenit mi dicha.

Entran GLÓSTER, HASTINES y DORSET.

GLÓSTER. ¡Me ofenden y he resuelto no aguantarlo!
¿Quiénes al Rey se quejan y me acusan
De aspereza, ¡pardiez! de no quererlos?
¡Por San Pablo! ama poco al Rey quien filtra
Tan indignos rumores en su oído.
¡Porque adular no puedo y hablo claro,
Ni puedo sonreír ante las gentes,
Ni engaño, ni palio, ni seduzco
Con corteses francesas monerías

Me juzgan enemigo rencoroso?
 ¿Vivir un hombre llano y sin recelos
 No es ya posible, sin que así lo injurien
 Suaves, sutiles, insinuantes trastos?

RIVERS. ¿A quién os dirigís de entre nosotros?

GLÓSTER. A vos, que ni sois bueno ni discreto.

¿Cuándo os pude ofender? ¿qué daño os hice?
 Ó á vos—ó á vos—ó á todo vuestro bando.

¡Mala peste en vosotros! El Monarca,
 Que guarde Dios mejor que ansiáis, ¿no puede
 Ni respirar siquiera, sin que, osados,
 Lo perturbéis con indecentes quejas?

ISABEL. Hermano Glóster, te equivocas: obra
 La voluntad real del Soberano,
 En quien nadie influir ha pretendido.
 Quizás tu enemistad reconcentrada,
 Que en tu vida exterior se manifiesta
 Contra mí, mis hermanos y mis hijos,
 Le hagan llamarte, y ver si el fundamento
 Halla de tu rencor y lo remueve.

GLÓSTER. No sé: pero tan mal el mundo anda,
 Que ya á cazar se atreven gorriones
 Donde ni osaran águilas posarse.

¡Como ya son los trastos caballeros,
 Algunos caballeros son ya trastos!

ISABEL. ¡Vamos! ¡Vamos! te entiendo, hermano Glóster;
 Mi suerte envidias y que tenga amigos.
 ¡Quiera Dios que jamás te necesite!

GLÓSTER. Que yo te necesite Dios hoy quiere.
 Preso mi hermano está por causa tuya:
 Yo, sin favor; los nobles, despreciados,
 Y, en tanto, se conceden cada instante
 Altos puestos y honores á personas
 Que apenas un ducado ayer valían.

ISABEL. Por quien me hizo subir á tanta altura
 De la región feliz en que me hallaba,
 Juro que contra Clarens nunca dije
 Nada á su Majestad: que siempre he sido,
 Para pedir por él, intercesora.
 Torpe es, señor, tu injuria, al envolverme
 En sospecha tan falsa y tan indigna.

GLÓSTER. ¿Que obra tuya no fué puedes negarme
 La reciente prisión del Conde Hastines?

RIVERS. Puede, señor; pues ella...

GLÓSTER. Puede, Conde de Rivers, ¿quién lo duda!
 Hacer puede, señor, más de negarlo.
 Puede ayudar á daros altos puestos,
 Y negarme que mano en ello tuvo,
 Porque todo ese honor os corresponde.
 ¿Qué no puede?—Si puede ¡vaya! puede...

RIVERS. ¿Qué ¡vaya! puede?

GLÓSTER. ¿Qué qué vaya puede?
 Saltar la valla si con Rey se casa
 Soltero y además gallardo mozo.
 Hizo peor casorio vuestra abuela.

ISABEL. Duque Glóster, soporto ha largo tiempo
 Tus insultos y amargas ironías:
 Su Majestad por mí sabrá, te juro,
 Los groseros ultrajes que he sufrido.
 Más me valiera ser pobre villana,
 Que excelsa reina, si á aguantar me obligan
 Tus ataques, escarnios é insolencias.

Entra la REINA MARGARITA, que permanece en el foro.

¡Poco en ser reina de Inglaterra gozo!

MARGAR. (Aparte) ¡Quiera Dios que ese poco disminuya!
 ¡Son ese honor y sitio y pompa míos!

GLÓSTER. ¡Qué! ¿con hablar al Rey tú me amenazas?

Vé, cuéntaselo todo: lo que dije
 Ante el Rey sostendré; quiero arriesgarme
 Á que preso me lleven á la Torre.
 Precisa hablar. Se olvidan mis servicios.

MARGAR. (Aparte) ¡Bien los recuerdo, Satanás! A Enrique,
 Mi esposo, tú en la Torre asesinaste;
 Y á Eduardo, mi hijo mísero, en Tuxburia.

GLÓSTER. Antes que reina tú, que rey tu esposo,
 Bestia de carga fui de sus empresas,
 Escardador cruel de sus contrarios,
 Sin tasa premiador de sus amigos:
 Sangre real le dí yo con la mía.

MARGAR. (Aparte.) Y mejor que la tuya y que la suya.

GLÓSTER. Tú con tu esposo Grey fuisteis entonces
 Facciosos á la casa de Lancáster;
 Y tú Rivers, también.—¿No fué tu esposo
 De San Albano en la batalla muerto?
 Os debo recordar, yá que olvidasteis
 Lo que antes fuisteis, lo que sois ahora,
 Lo que fui, lo que yo soy todavía.

MARGAR. (Aparte.) ¡Ahora, cual antes, pérfido asesino!

GLÓSTER. El pobre Clarens á su suagro Várvic
 Traidor abandonó. ¡Dios lo perdone!

MARGAR. (Aparte.) ¡Dios lo maldiga!

GLÓSTER. Por luchar por Eduardo y por su causa.
 Por eso ¡podre Príncipe! lo prenden.
 Pluguiera á Dios que el corazón, de piedra
 Tuviese como Eduardo, ó que el de Eduardo
 Blando y clemente fuese como el mío.
 ¡Niño y necio soy yo para este mundo!

MARGAR. (Aparte.) Huye al infierno, pues, y deja al mundo.
 Espíritu infernal, tu reino es ese.

RIVERS. Duque Glóster, en días que se evocan
 Para probar que somos adversarios

A nuestro Rey legítimo seguimos:
 Os siguiéramos hoy si rey vos fueseis.

GLÓSTER. ¡Si fuera rey!—Mas vale ser buhonero.—
 Lejos del alma semejante idea.

ISABEL. Tan escasa cual juzgas la ventura
 Que de esta tierra ser el rey te ofrece,
 Tan escasa supón la dicha mía
 Por ser su reina yo.

MARGAR. (Aparte.) Cual es escasa
 La dicha de su reina.—Ya no puedo
 Más tiempo contenerme. (Adelantándose.)
 Paz, díscolos piratas, desunidos
 Al repartir lo que me habéis robado,
 ¿Al verme no tembláis? Si ante la Reina
 No os humilláis cual súbditos, rebeldes,
 Al verme destronada, estremeceos.
 ¡Ah! No huyas, tú, villano bien nacido.

GLÓSTER. ¿Qué pretendes, vil bruja maldecida?

MARGAR. Tan solo repetirte tus maldades;
 Y antes de irte, es fuerza que me escuches.

GLÓSTER. ¿Mas no es destierro ó muerte tu sentencia?

MARGAR. Sí, pero juzgo ya mayor castigo
 El destierro, que, estando aquí, la muerte.—
 Un hijo tú me debes y un esposo;
 Un reino, tú; vosotros homenaje.
 Es de derecho mi desgracia vuestra;
 Y la ventura que usurpasteis mía.

GLÓSTER. Las maldiciones de mi noble padre
 Cuando á su frente bélica ceñiste
 Corona de papel, y de sus ojos
 Raudal de llanto provocó tu ofensa,
 Y un paño le ofreciste en que enjugarlo
 Tinto en la sangre del precioso Rútland,
 Sus maldiciones de amargura henchidas

A tí lanzadas, sobre tí cayeron:
 Dios castiga tu culpa, no nosotros.
ISABEL. Dios justiciero al inocente venga.
HASTIN. ¡Oh, matar á ese niño, cuán horrible
 Empresa fué, cuán inaudita hazaña!
RIVERS. ¡Aun déspotas lloraron al saberlo!
DÓRSET. ¡Cruda venganza presagiaron todos!
BÚCKING. Lloró Norzumbria al presenciar su muerte.
MARGAR. Mas... ¿os mostráis los dientes en mi ausencia,
 Ávido el uno á asir del cuello al otro,
 Y ahora hacia mí vuestro furor se vuelve?
 ¿Tanto influyó la maldición tremenda
 De York, allá en el cielo, que no basta
 Que muera Enrique y mi querido Eduardo,
 Perder su reino y mi destierro triste
 Por ese ruin rapaz? ¿Las maldiciones
 Las nubes rasgan y hasta el cielo suben?
 Dad paso, entonces, nubes, á las mías.
 No la lid mate á vuestro Rey, la gula,
 Como al nuestro mató hierro homicida.
 Tu hijo Eduardo, ya príncipe de Gales,
 Cual mi hijo Eduardo, príncipe de Gales,
 Muera en su juventud asesinado.
 Reina ahora tú, cual yo que fui la reina;
 Vive infeliz, cual yo, más que tu gloria:
 Vive y llora la muerte de tus hijos.
 Á otra en ese lugar vé, cual te veo,
 Usurpar los derechos que usurpaste.
 Antes que mueras tú, muera tu dicha;
 Y, tras penas sin fin, ni siendo esposa,
 Madre, ni reina de Inglaterra, muere.
 Rivers y Dorset, vos también, Hastines,
 Presenciasteis herir al hijo mío
 Homicida puñal. ¡Dios poderoso!

¡De muerte natural ninguno muera:
 Aciago fin abrevie vuestras vidas!
GLÓSTER. Cese tu encanto, odiosa y vieja bruja.
MARGAR. ¿Y á tí dejarte? Perro vil, detente.
 Si el cielo guarda un mal que sobrepuje
 Al cúmulo de males que te ansío,
 Cuando ya estén tus crímenes maduros,
 Lo arroje sobre tí con fiera saña,
 Perturbador de un mundo desgraciado.
 El gusano roedor de la conciencia
 Te muerda el alma: que al amigo juzgues
 Siempre traidor, y á quien traidor, amigo:
 Ni cierre el sueño tus malvados ojos,
 A menos que terrible pesadilla
 Con cohorte infernal no te espantare.
 Tú, quimérico aborto, cerdo inmundo;
 Tú, sellado al nacer cual vil esclavo
 De la tierra, cual hijo del infierno;
 Tú, calumnia de entrañas maternas;
 Tú, de tu padre engendro aborrecido;
 Tú, del honor andrajo, sér odioso...
GLÓSTER. ¡Margarita!
MARGAR. ¡Ricardo!
GLÓSTER. ¿Eh?
MARGAR. No te llamo.
GLÓSTER. Perdon te pido entonces. Yo creía
 Que iban conmigo tan odiosas frases.
MARGAR. Es cierto, mas respuesta no esperaba.
 Mi maldición finalizar es fuerza.
GLÓSTER. ¡Ya lo hice yo, y acaba en Margarita!
ISABEL. Tus maldiciones contra tí se vuelven.
MARGAR. Atribulada imagen de una reina,
 De mi esplendor efímero reflejo,
 ¡Por qué miel á esa araña monstruosa,

Que te aprisiona en red mortal, ofreces?
Necia mujer, aflas el cuchillo
Que ha de matarte. Llegará el momento
En que querrás que, unida á tí, maldiga
A ese deforme y ponzoñoso sapo.

HASTIN. De maldecir cesad, sér ominoso,
No se agote por fin nuestra paciencia.

MARGAR. Menguados, agotasteis ya la mía.

RIVERS. Vuestros deberes recordar es justo.

MARGAR. Cump'ir vuestro deber conmigo es justo.
Recordad que sois súbditos, yo reina,
Y recordar vuestro deber es justo.

DÓRSET. No la contradigáis; está demente.

MARGAR. Pétulante Marqués, callad; que el cuño
Del honor que ostentáis es tan flamante
Que aun corre apenas. Los recientes nobles
Lo que es perderlo conocer debían.
Combate el huracán á los más altos;
Y, si caen, pedazos quedan hechos.

GLÓSTER. Buen consejo, Marqués; tomadlo en cuenta.

DÓRSET. Tanto os cuadra, señor, como me cuadra.

GLÓSTER. O mejor: mas nació tan encumbrado
Que en la copa del cedro está mi cría,
Y al sol desprecia y de los vientos mofa.

MARGAR. Y sombra le hace al sol. ¡Ay triste! ¡Ay triste!
¡Mi hijo yace en la sombra de la muerte!
¡Su irradiante esplendor tu negra furia
Ha envuelto con tinieblas eternas!
¡En mi nido pusiste tú tu cría!
¡Dios justo, que esto ves, no lo toleres!
¡Con sangre se alcanzó, que así se pierda!

BÚCKING. O por vergüenza ó por piedad, callaos.

MARGAR. Ni á la piedad ni á la vergüenza escucho.
Sin piedad me ofendisteis. Destrozasteis,

Verdugos, sin vergüenza mi esperanza.
Mi piedad es furor; la vida mía
Vergüenza es; y en mi vergüenza vive
De mi dolor la ira.

BÚCKING. Basta, basta.

MARGAR. La mano os beso, Búckingham hidalgo,
En testimonio del afecto mío.
Bien hayáis vos y vuestra noble casa:
No mancha vuestras ropas nuestra sangre,
Ni os pueden alcanzar mis maldiciones.

BÚCKING. Ni á nadie aquí. Las maldiciones quedan
En los labios de aquellos que las lanzan.

MARGAR. No: sostengo que suben á los cielos
Y la dormida paz de Dios despiertan.
¡Oh, de ese perro, Búckingham, guardaos!
Cuando acaricia, muerde; y cuando muerde,
Su diente ponzoñoso ulcera y mata.
No os concertéis con él. El hierro ostenta
Del crimen, de la muerte y del infierno;
Y los demonios son sus familiares.

GLÓSTER. ¿Qué dice, señor Duque?

BÚCKING. Cuanto dice,
En mi juicio, señor, valor no tiene.

MARGAR. ¿Despreciáis mis consejos amistosos,
Y aplacáis al demonio que os denuncia?
¡Ah! ¡Ya os acordaréis cuando á pesares
Os hienda el corazón! Llamad entonces
Profetisa á la pobre Margarita.
Quedad á su rencor esclavizados:
El al vuestro; al de Dios él y vosotros. (Vase.)

HASTIN. Sus maldiciones mi cabello erizan.

RIVERS. Y á mí también. ¿Por qué libre la dejan?

GLÓSTER. Pues ¡válgame la Virgen! no la culpo.
Hartas ofensas soportó. Lamento

La parte que en causarlas he tenido.

ISABEL. Jamás daño le hice, que yo sepa.

GLÓSTER. Mas gozas tú ventajas de su daño.

Harto ardor he mostrado yo por uno
Que harta frialdad en recordarlo muestra.

En cuanto á Clarens ¡vaya! bien le pagan:

Ya entró para engordar en la zahurda.

¡Perdone Dios á quien la culpa tenga!

RIVERS. Es sentencia cristiana y virtuosa

Rogar por los que causan nuestro daño.

GLÓSTER. (Aparte.) Eso suelo hacer yo con buen acuerdo;

Que al maldecir, me hubiera maldecido.

Entra CATESBIO.

CATESBIO. Su Majestad, señora, os ha llamado.

Alteza, á vos, y á vos, nobles señores.

ISABEL. Catesbio, al punto iré. Vendréis conmigo.

RIVERS. Os seguimos, señora.

(Vanse todos menos Glóster.)

GLÓSTER. Hago el mal y lo anuncio yo el primero.

Los crímenes ocultos que origino

Cargo en ajenos hombros. A la sombra

Clárens está por mí; pero lo lloro

Ante crédulos necios: ante Hastines

Y Búckingham y Stánley, á quienes digo

Que la Reina y su bando concitaron

La ira del Rey contra mi hermano el Duque.

Y ellos lo creen, y sin más, me excitan

A vengarme de Grey, Rivers y Vógan.

Mas suspiro, y citándoles un texto

Del Evangelio, digo que Dios manda

Dar bien por mal, y así mi infamia cubro

Con trozos viejos que á la Biblia robo;

Y, mientras más Luzbel, me ven más santo.

Pero basta. Se acercan mis bandidos.

(Entran dos asesinos.)

Varoniles y audaces compañeros,

¿Vais pronto á despachar ese negocio?

ASES. 1.º Sí tal, señor; venimos por la orden

Para poder entrar donde se hallare.

GLÓSTER. Habéis pensado bien. Aquí la traigo.

(Les da la orden.)

Quando se acabe volveréis á Crosbia.

Pero obraréis con rapidez, señores:

Sed firmes, y á sus súplicas sed sordos;

Que Clárens habla bien, y acaso alcance,

Si se le deja, lástima infundiros.

ASES. 1.º ¡Callad, callad, señor; no charlaremos!

Hace poco quien habla; os aseguro

Que usaremos las manos, no la lengua.

GLÓSTER. Piedras de vuestros ojos se desprenden,

Cual de imbéciles párpados el llanto.

Muchachos, me agradáis. A vuestro asunto.

Id pronto, y terminad.

ASES. 1.º Seréis servido. (Vanse.)

ESCENA IV.

Londres.—Un aposento en la Torre.

Entran CLARENS y BRAQUENBURIO.

BRAQ. ¿Por qué tan abatido vuestra Alteza?

CLARENS. ¡Ah, qué noche de angustias he pasado!

Llena de hórridos sueños y visiones:

A fe de buen cristiano, no quisiera,

Ni por un mundo entero de venturas,

Despertar de una noche semejante,
Tan repleta de lúgubres terrores.

BRAQ. ¿Qué soñasteis, señor? Hablad os ruego.

CLARENS. Pensé que, huyendo de la Torre, á bordo
De un buque me embarqué para Borgoña
En compañía de mi hermano Glóster,
Quien á dejar la cámara me invita
Y á pasear sobre cubierta. Viendo
De Inglaterra las costas, recordamos
Los mil tristes sucesos acaecidos
En las guerras de York y de Lancáster.
Pensé que Glóster tropezó, la inquieta
Cubierta al recorrer, y al sujetarlo
Para que no cayese, entre las olas
Él me arrojó del piélagos espumoso.

¡Ay Dios, cuánto sufrí creyendo ahogarme!

¡Cómo zumbaba el agua en mis oídos!

¡Qué visiones de muerte ante mis ojos!

Ver pensé mil naufragios: mil ahogados

Rofidos ya de peces. Grandes anclas,

Barras de oro, amontonadas perlas,

Piedras preciosas, joyas esplendentes,

En el fondo del mar desparramadas:

Algunas en los cráneos de los muertos;

Y, entre las huecas órbitas, cual befa

De ausentes ojos, piedras fulgurantes

Que al cenagoso fondo cortejaban,

Y de los sueltos huesos se refan.

BRAQ. ¿Y próximo á morir, tiempo tuvisteis

Para ver de la mar esos misterios?

CLARENS. Sí; lo pensé. Mi espíritu yo ansiaba

Exhalar; mas las ondas rencorosas,

Oprimiendo mi alma, le impedían

Buscar el aire libre, extenso y vago,

Ahogándola en el pecho palpitante,
Pronto á estallar, ansioso de arrojarla.

BRAQ. ¿No os despertó tan espantosa angustia?

CLARENS. No; mi sueño duró más que mi vida,
Y comenzó del alma la tormenta.

Con el barquero que el poeta nombra

Pensé pasar el ominoso río,

Y entrar en la región de eterna muerte:

Allí el primero que encontró mi alma

Mi excelso suegro fué, Várvic famoso,

Quien gritó: «¿Qué castigo por perjuro

Este reino fatal prepara á Clárens?»

Desvaneciósse.—Cual visión se acerca

A mí un ángel después, de áureos cabellos

Con sangre apelmazados, voceando:

«Es Clárens, el traidor, falso y perjuro

Clárens es, que me dió muerte en Tuxburia;

Furias, id contra él y atormentarle.»

Pensé que una legión de inmundos trasgos

Me cercaban, aullando en mis oídos

Gritos tan espantosos, que, á su estruendo,

Temblando desperté; pero creía,

Despierto aún, que en el infierno estaba.

¡Tal impresión en mí causó mi sueño!

BRAQ. No es extraño, señor, que os espantase,

Pues me causa terror sólo escucharos.

CLARENS. ¡Oh, Braquenburio! Por Eduardo hice

Lo que depone contra el alma mía

En este instante, y ¡ved cómo me paga!

¡Oh, Dios! Si en tí no influye mi hondo ruego

Y castigar mis crímenes pretendes,

Caiga en mí sólo tu furor: perdona

A mi esposa infeliz y tristes hijos.

Señor, os ruego que me hagáis compañía;

Me faltan fuerzas y dormir quisiera.

(Se duerme en una silla.)

BRAQ. Lo haré, señor. Reposo Dios os brinde.
La pena al ocio y al descanso anula:
Hace día la noche, noche al día.
Sólo el título á un príncipe esclarece,
¡Honor externo por interna lucha!
Y en cambio, de ilusiones impalpables
Un mundo encuentra de angustiosas cuitas.
Lleve un título, pues, ó humilde nombre,
Gloria externa no más distingue al hombre.

(Entran los dos asesinos.)

ASES. 1.º ¡Hola! ¿Quién es?

BRAQ. ¿Qué quieres? ¿Cómo entraste?

ASES. 1.º Ver á Clárens. Entré sobre mis piernas.

BRAQ. Eres breve.

ASES. 2.º Mejor que ser cansado.

La orden puedes mostrar y ahorrar palabras.

(El asesino da un papel á Braquenburio, quien lo lee.)

BRAQ. Al noble Duque Clárens se me ordena
Aquí entregar. Lo que esto signifique
No pienso discutir. Quiero ignorarlo.
El Duque duerme allí. Tomad las llaves,
Que á ver al Rey yo parto; porque sepa
Que en vosotros mi cargo he dimitido.

ASES. 1.º Sí tal; muy bien pensado. Dios os guarde.

(Vase Braquenburio.)

ASES. 2.º —¿Le damos de puñaladas mientras duerme?

ASES. 1.º —No; porque nos llamará cobardes al despertar.

ASES. 2.º —¡Al despertar! Necio: despertará el día del juicio.

ASES. 1.º —Pues dirá entonces que le herimos dormido.

ASES. 2.º —Eso del día del juicio ha hecho nacer en mí una especie de remordimiento.

ASES. 1.º —¿Qué! ¿tienes miedo?

ASES. 2.º —De matarlo, no; pues traemos la orden; pero sí de ser eternamente condenado por matarlo; pues para eso no nos vale la orden.

ASES. 1.º —Te juzgaba resuelto.

ASES. 2.º —Sí: á dejarlo vivir.

ASES. 1.º —Volveré á ver al Duque de Glóster para decirselo.

ASES. 2.º —Espera un momento. Confío en que cambiará mi místico humor. Solía durar mientras contaba veinte.

ASES. 1.º —Y ahora, ¿cómo te sientes?

ASES. 2.º —A fe mía, conservo aún algunas heces de conciencia.

ASES. 1.º —Acuérdate de nuestra recompensa al cumplir el mandato.

ASES. 2.º —¡Vote va! ¡Muera! Se me había olvidado la recompensa.

ASES. 1.º —Y ahora tu conciencia ¿dónde está?

ASES. 2.º —En la bolsa del Duque de Glóster.

ASES. 1.º —De manera, que cuando él abre la bolsa y nos paga ¿se escapa tu conciencia?

ASES. 2.º —¿Qué importa? ¡Que se vaya! Nadie la ha de detener.

ASES. 1.º —¿Y si vuelve otra vez?

ASES. 2.º —Nada quiero tener que ver con ella.—Acobarda al hombre. Si roba, lo acusa. Si jura, le tapa la boca; y si yace con la mujer del vecino, lo publica. Es espíritu tímido y vergonzante que se rebela en el pecho del hombre. Lo llena todo de obstáculos. Una vez me hizo restituir una bolsa llena de oro que me encontré por casualidad. Se la debiera desterrar de toda villa y ciudad, como á cosa peligrosa; que quien quiera vivir bien debe confiar en sí propio y vivir sin ella.

ASES. 1.º—¡Voto va! Ahora mismo me habla al oído persuadiéndome á no matar al Duque.

ASES. 2.º—Aconséjate con el demonio y no le hagas caso. Se insinúa contigo sólo para hacerte suspirar.

ASES. 1.º—Hombre fuerte soy yo. A mí no me convence.

ASES. 2.º—Hablas como hombre de pro, que guarda respetos á su carácter.

ASES. 1.º—Dale en la cabeza con el puño de la espada, y luégo lo arrojaremos en el tonel de vino de Malvasía que se halla en la habitacion inmediata.

ASES. 2.º—¡Oh! excelente idea. Convertirlo en sopón.

ASES. 1.º—Calla.—Se despierta.

ASES. 2.º—Dale.

ASES. 1.º—No: discutamos con él.

CLÁRENS. (Despertándose) Una copa de vino, carcelero.
¿Donde estáis?

ASES. 1.º Ya tendréis bastante vino.

CLÁRENS. ¿Quién eres tú?

ASES. 1.º Soy, como vos, un hombre.

CLÁRENS. No de estirpe real.

ASES. 1.º Somos leales.

CLÁRENS. Trueno es tu voz, aunque tu aspecto humilde.

ASES. 1.º Es mi voz la del Rey; mi aspecto mío.

CLÁRENS. ¡Cuán siniestro y mortal es tu lenguaje!

Tus ojos me amenazan. ¿Palideces?

¿Quién os mandó venir? ¿Para qué objeto?

AMB. AS. OS Para... para...

CLÁRENS. Matarme.

AMB. AS. OS Sí, sí.

CLÁRENS. Casi

Os falta corazón para anunciarlo,

¿Qué corazón tendréis para cumplirlo?

¿Cuándo pude yo, amigos, ofenderos?

ASES. 1.º Al Monarca ofendisteis, no á nosotros.

CLÁRENS. Con él pronto estaré reconciliado.

ASES. 2.º Jamás, señor; y así, morir es fuerza.

CLÁRENS. ¿En un mundo de gentes, escogidos

Para matar á un inocente fuisteis?

¿En qué ofendí? ¿Por qué razón me acusan?

¿Qué trámites legales me conducen

Ante el ceñudo juez? ¿Quién ha dictado

Mortal sentencia contra el pobre Clárens?

Antes de verme por la ley convicto,

No es justo con la muerte amenazarme.

Por esa ansiada redención que os brinda

Jesús al dar su sangre por nosotros,

Idos, y no pongáis en mí las manos;

Que Dios maldice vuestra inicua hazaña.

ASES. 1.º Hacer nos ordenaron lo que haremos;

Y es el Monarca quien hacerlo ordena.

CLÁRENS. El Rey de Reyes, míseros vasallos,

«No matarás» en sus sagradas tablas

Dejó dispuesto.—¿Rechazáis su edicto

Y el de un hombre acatáis? Tened en cuenta

Que él la venganza entre sus manos tiene

Para lanzarla á quien sus leyes rompe.

ASES. 2.º Y esa venganza sobre vos arroja

Por perjurio y también por asesino.

Fidelidad en la pasada lucha

Jurasteis á la casa de Lancáster.

ASES. 1.º Y vuestro voto, á Dios traidor, rompisteis,

Hiriendo con espada traicionera

Las entrañas del hijo del Monarca.

ASES. 2.º A quien cariño y protección jurasteis.

ASES. 1.º ¿A qué citais de Dios la ley tremenda

Cuando hasta tal extremo la infringisteis?

CLÁRENS. ¡Ah! ¿Por quién cometí tan fiera hazaña?

Fué por él, por Eduardo, por mi hermano.

